

EL RÉGIMEN PUJOLISTA

El simposio “España contra Cataluña”, celebrado en diciembre de 2013, puso de manifiesto hasta qué extremos la *Generalitat* estaba dispuesta a llegar en su confrontación con el resto de España. Si ese era su propósito, lo consiguió: la indignación, sobre todo fuera de Cataluña, fue unánime. Tres partidos –PP, Ciutadans y UPyD– acudieron a la fiscalía argumentando que el programa incitaba al odio. El fiscal, aunque no vio delito, lo calificó de “estafa intelectual” por la “palmaria exageración del título” y “la parcialidad de los contenidos”. En cualquier caso el simposio sirvió para que John H. Elliot diera su versión sobre la controversia. El que sería máxima autoridad en la historia de los siglos XVI y XVII españoles, llegó a Barcelona en plena dictadura franquista. Encontró, mediante un anuncio en un periódico, una familia que hablaba en catalán, idioma que, junto con el español, llegó a dominar perfectamente. Maestro de una generación de historiadores, nombrado *Sir* por la reina de Inglaterra y Premio Príncipe de Asturias por su labor docente en las universidades de Cambridge, Londres, Princeton y Oxford, es una figura cuya independencia y prestigio intelectual nadie ha puesto en duda. El profesor de Derecho Constitucional de la Universidad Autónoma de Barcelona, Francesc de Carreras, reseñaba en un artículo en *La Vanguardia*, “Elliot y el debate catalán”, la conexión del historiador inglés con Jaume Vicens Vives: “Al ver lo que estaba intentando hacer Vicens Vives, desmitificar la historia de Catalunya, enseguida me encontré del lado de este grupo. Me di cuenta del

peligro de la mitología en la formación de identidades colectivas y nacionales (...) Vicens Vives quería eliminar las categorías de “agravio” o “expolio” a la relación de España con Catalunya (...) No es verdad que hubieran “perdido libertades” en 1714, ni que el Principado fuera “más democrático” antes que después de Felipe V”.

La prematura muerte de Vicens Vives en 1960 truncó la tarea y Elliot lamenta que sus esfuerzos no hayan dado frutos: “Me habría gustado que en la Catalunya actual Vicens Vives hubiera ganado esa batalla, pero después de una o dos generaciones parece que no la ganó. Para mí ha sido muy triste, porque creo que una sociedad necesita sus mitos, pero si los mitos dominan y entorpecen una auténtica investigación, llegamos a una situación en la que el pueblo queda ensimismado y adopta una postura de agravio pensando que todos los desastres han sido culpa de otros. En ese momento es cuando se llega a una situación de crispación por cualquier problema. Hay políticos que se aprovechan de esto para fortalecer los mitos, para poner un énfasis excesivo en el victimismo y no darse cuenta de los problemas internos de una sociedad. Eso es lo que me preocupa especialmente”. Diagnóstico acertado de la dolencia que aqueja a la sociedad catalana, que hubieran suscrito otras personalidades como Vargas Llosa, Savater o Eugenio Trías, por citar sólo unas cuantas. Lo que, sin embargo, llama más la atención es la connivencia de los historiadores con los políticos. Señala Francesc de Carreras: “Es un retrato exacto de lo que está sucediendo: se utilizan los falsos “300

años de opresión española” para encubrir, tapar y disimular el desgobierno actual. Y buena parte de los historiadores catalanes son cómplices de esta situación”. Ya se sabe que los políticos, en general, “escogen lo que quieren del pasado”, como el mismo Elliot recordaba, pero ¿cómo explicar que historiadores con puestos de relieve colaboren con el poder en la tarea de desvirtuar la historia?

Cuando Pujol subió al poder en 1980, Cataluña hubiera podido marcar el camino, a través de la consolidación de las libertades recientemente adquiridas con la Constitución del 78, hacia una plena integración en Europa. Los catalanes son europeos desde el siglo IX y su país forma parte de la columna vertebral que, en diagonal, avanza desde el Canal de la Mancha hasta los Alpes, ruta principal del imperio franco que nació con Carlomagno, de quien primero surgió el concepto de Europa. Desde finales del siglo VIII Cataluña fue parte de la Marca Hispánica, que servía de zona defensiva entre el Imperio y la España musulmana. Vicens Vives atribuía a esto el europeísmo distintivo de la mentalidad catalana y lo que él llamaba su “permanente éxtasis transpirenaico”. Su nuevo presidente, educado en la Escuela Alemana, una de las más liberales de la Barcelona franquista, parecía la persona más indicada para ayudar a sacar a Cataluña, y por ende a España, de su tradicional aislamiento. Pujol, por otra parte, había mostrado su acuerdo con los avances conseguidos con la descentralización, prometiendo fidelidad a la Constitución y al Estatuto de Autonomía. En este ambiente de esperanza el periódico ABC lo

eligió “español del año” en 1984. No duraría mucho esta luna de miel. Pujol, que mostrara en su lucha contra la dictadura franquista un valor digno de admiración, ya había dado señales de que su talante democrático no se ajustaba a su patriotismo. La primera llamada de atención a sus credenciales democráticas la dio el periodista Jiménez Losantos, convertido hoy en el azote más conocido de los nacionalistas, que han hecho de él el enemigo público nº1 de Cataluña. Según Albert Boadella, que no debe de andar muy lejos en el escalafón, en el 3º de todos los tiempos, después de Felipe V y Franco. Jiménez Losantos en la actualidad es el periodista de radio más brillante, a larga distancia, y el más culto (Sánchez Dragó *dixit*). Sus exageraciones y excesos verbales no invalidan su testimonio de hace más de tres décadas: “El nacionalismo españolista del franquismo me repugnaba, había estado combatiéndolo desde los dieciocho años. El nacionalismo antiespañol me repelía, porque yo era español y no había hecho nada contra la lengua catalana o el catalanismo: al contrario, como antifranquista los había defendido incondicionalmente. En la *Revista de Literatura*, que dirigía de hecho en la Universidad, publicaban sus textos en catalán los que escribían en catalán (...) y los que escribíamos en español publicábamos en español. En nuestro grupo había gente que hablaba siempre catalán (...) Si la convivencia era no sólo posible sino visible, cierta, habitable en aquella Barcelona de los setenta, ¿por qué había que destruirla? ¿Por qué una de las dos lenguas tenía que salir siempre perdiendo? ¿Por qué una parte de los

ciudadanos tenía que ser siempre discriminada en función de estrategias de poder, por el mero hecho de tener una lengua propia o más propia que las demás? ¿Por qué a la discriminación del catalán durante el franquismo debía suceder la del castellano en la democracia, si es que a la democracia llegábamos? ¿Es que no era posible una España donde cupiera el respeto a la cultura en catalán y una Cataluña donde cupiera el respeto a la cultura en español?”(1). A esta última pregunta los nacionalistas exaltados, como veremos al tratar de la cuestión lingüística, han dicho “no”, y en cuanto a las anteriores, a Jiménez Losantos le contestaron con la violencia. Cuando una noche de mayo de 1981 se bajó del coche de una compañera que lo había llevado hasta cerca de su casa, dos personas jóvenes con pistolas los obligaron a subir de nuevo al coche. En un descampado, sin comunicarles qué pensaban hacer con ellos, los ataron –al escritor a un árbol- y amordazaron. Uno de los terroristas dijo que por esta vez no lo matarían, pero que le dejarían un recuerdo imborrable. A continuación le disparó un tiro en la pierna derecha, cerca de la rodilla, antes de darse a la fuga. Afortunadamente, mientras Jiménez Losantos sangraba copiosamente, su compañera pudo desatarse y, después de hacerle un torniquete, pedir ayuda.

¿Qué había hecho Jiménez Losantos para merecer un atentado tan cruel, que hubiera podido acabar con su vida? Los terroristas mismos se lo habían dicho: ser redactor y uno de los firmantes del “Manifiesto de los 2.300”, que pedía un trato igualitario para la lengua castellana en Cataluña. ¿Cómo reaccionó Jordi Pujol

ante tamaña barbaridad, él que también había sufrido otras por parte de la dictadura franquista? Con el silencio: ni su partido ni Esquerra Republicana condenaron el atentado, anteponiendo una vez más la ideología a la dignidad. Postura totalmente opuesta a la de un hombre digno: Tarradellas, quien, en cuanto tuvo noticia del atentado, envió una carta con su secretario, ya que su estado de salud no le permitía ir personalmente, al domicilio de Jiménez Losantos. En ella aludía a los responsables últimos del atentado: “Se han pagado las consecuencias de once meses de demagogia (...) Rechazo este vil atentado y hago sinceros deseos por su rápido restablecimiento (...) Este hecho merece mi más enérgica reprobación y crítica (...) Ahora más que nunca hay que seguir trabajando por la franca convivencia de todos los ciudadanos de Catalunya, camino para conseguir el bienestar de España” (2).

La “demagogia” a que aludía Tarradellas, la exaltación del “hecho diferencial” y otros excesos nacionalistas no podían pasar desapercibidos a un aventajado discípulo de Aristófanes y Molière, un cómico de “espíritu burlón y alma inquieta”: Albert Boadella. En otros tiempos su cuerpo hubiera sido entregado a la hoguera antes de ser arrojado a algún lugar “no santo”. Afortunadamente para él, la Inquisición ya ha pasado al basurero de la Historia, aunque su espíritu, como veremos, sigue coleando. Cuando en 1981 su compañía *Els Joglars* representó *Operació Ubú*, una parodia de Pujol por la campaña que éste y “sus huestes nacionalistas habían iniciado meses atrás para incautarse, física, mental y patrimonialmente,

del territorio catalán” (3), el asombro fue igual a la indignación de dichas huestes. La crítica mordaz del “ridículo panorama provinciano que le esperaba a la tribu” (4) no venía de ningún enemigo fascista español, sino de un catalán que en la dictadura franquista había sufrido prisión y, después de fugarse de ella, exilio.

“Aquí empezó una larga guerra de veinticinco años, en la que el enemigo utilizó el mejor armamento a su alcance para neutralizarme o conseguir, si no la muerte física, por lo menos la muerte civil” (5). Cuando un poco más tarde Boadella, con su *Teledium*, dirige sus dardos contra la Iglesia satirizando la modernización de los ritos religiosos, el cardenal Jubany, jerarca de una iglesia catalana que se había transformado de portadora bajo palio a Franco en Montserrat a defensora del “hecho diferencial” y otras máximas nacionalistas, escribe una carta al diario La Vanguardia Española, cuando ésta todavía no había desechado su nombre “española”. El artículo se publicó con gran relieve, precisando además a quién iba dirigido. Jubany arremetía contra Boadella por “unas burlas que son temibles por lo que llevan de maledicencia cáustica. Son las que se sirven aquellos que quieren desprestigiar una doctrina, una institución o una persona (refiriéndose a Pujol)”. Después, supongo que para regocijo de Boadella, comparaba su labor con la de Voltaire: “¿Quién puede negar que en la descristianización de la sociedad francesa del siglo XVIII, además de la corrupción de las costumbres, los escarnios penetrantes de Voltaire constituyeron un factor determinante? La religiosidad

del Siglo de las Luces no pudo resistir las ironías ridiculizantes del autor de *Cándido*” (6).

Soy admirador de Voltaire, pero nunca había pensado que casi él solito hubiera acabado con la religiosidad de su tiempo. Ante tamaño desaguado uno imagina que la Iglesia estará esperando ocasión propicia para solicitar (ahora ya no puede ordenar bajo pena de excomunión) que sus restos sean sacados del Panteón de Hombres Ilustres, en París, y arrojados a “campo no santo”. En cuanto al “Voltaire catalán”, el párroco de Perafita le avisaba en La Vanguardia Española: “Si alguien cree que los jóvenes católicos están faltos de reacción, si es preciso violenta, se equivoca. El sentido religioso es tan patente como el ser catalán. Ciertas fibras son explosivas” (7). Nada aquí de “hecho diferencial”, como se pudo comprobar cuando *Teledium* se representó en otras partes de España: los obispos, aquí y allí, saltaron a sus púlpitos para lanzar “arengas-homilías” cuyos resultados más llamativos poco tuvieron que ver con la paz y el perdón de las ofensas que se supone predicaba el fundador de su religión: “46 amenazas de bombas (...), 6 amenazas de muerte (...), 4 procesos judiciales (...), ametrallamiento de la fachada del teatro en Valencia (...), quema de los camiones en Alicante (...), 18 puñaladas al actor Jaume Collell”... (8).

¿Cómo se puede entender este encarnizamiento con escritores y artistas que no tienen otras armas que las de su talento? La razón es simple: tanto la religión como el nacionalismo se alimentan de sentimientos, a veces nobles, a veces nocivos, pero siempre se trata de sentimientos, más bien de dogmas, que no admiten

ni diálogo ni reflexión ni, mucho menos, parodia: “*Pourquoi, demanda l’apothicaire, excommunie-t-elle les comédiens?*”, pregunta Homais al curé Bournisien, en *Madame Bovary*. El nacionalismo adolece de la misma intransigencia, por eso siempre se ha entendido bien con la Iglesia. Sea defendiendo las tesis de raza diferente –el famoso RH negativo en el caso vasco- o de las máximas nacionalistas catalanas, cualquier desacuerdo público con el programa es contestado con violencia, asesina en el País Vasco con la *eta*; de más baja intensidad, pero violencia al cabo, en Cataluña. Además de los dos casos ya citados de Jiménez Losantos y Boadella, políticos como Vidal Quadras o Albert Rivera han denunciado agresiones y amenazas por cuestionar el credo nacionalista.

Bertrand Rusell advertía que “el nacionalismo no sobrevive sin creencias falsas”, a lo que hay que añadir que, además, necesita un enemigo. Franco, que se dedicó a propalar una versión maniquea de la historia de España, con los autoritarios de buenos y los demócratas de malos, se inventó varias cabezas de turco a las que achacar todos los males: socialistas, comunistas, masones, liberales, separatistas. El nacionalismo catalán ha simplificado: España es el enemigo, único causante de los agravios que impiden el progreso de Cataluña. Del libro de estrategia de Franco, Pujol arrancó otra página: equiparar cualquier crítica a su persona con un ataque a Cataluña. Su primera puesta en práctica tuvo lugar con el escándalo de Banca Catalana, de la que Pujol había sido presidente. Poco tiempo después de que CiU obtuviera la mayoría absoluta en las autonómicas

catalanas, el director de TV3 anunció a Lluís Prenafeta, secretario general de la Presidencia, que el periódico El País daría una gran noticia al día siguiente, 19 de mayo de 1984: los fiscales de la Audiencia de Barcelona iban a pedir que se interpusiera una querrela criminal contra Pujol y otros veinticuatro consejeros y exdirectivos de Banca Catalana por los presuntos delitos de falsedad en documento mercantil -con penas de entre seis meses y seis años de prisión menor- y otros de apropiación indebida de un mínimo de veinte mil millones de pesetas -con penas de entre seis y doce años de cárcel-. Así narra José Antich, en su libro *El Virrey*, la reacción de Pujol cuando Prenafeta le transmite la mala nueva: “-Lluís, van a por mí, buscan mi ruina. Los socialistas no han aceptado de buen grado su derrota. Son todos iguales. Odian a Cataluña”. Antich comenta lo que implicaban esas palabras: “Una identificación absoluta entre Jordi Pujol y Cataluña, que le permita plantear el silogismo de que procesando al primero se quiere juzgar a la segunda” (9). Básicamente de la misma manera lo vio Boadella: “Una vez ascendido el Mariscal a la presidencia del *Reich* regional, el fiscal general del Estado instruyó una querrela contra el clan de marrulleros y su capo, por asalto injustificado al botín con resultado de evaporación. Fue entonces cuando el Mariscal realizó uno de los actos cumbre de su ensalzada carrera político-militar: disfrazó en ataque a Catalunya lo que solo era una acción de la justicia española contra un presunto sablazo en el que se hallaba implicado. El Mariscal organizó manifestaciones y proclamas, acusando al enemigo español de un ataque desleal a

Catalunya” (10). El desastre financiero de Banca Catalana fue de enormes proporciones: un agujero de casi 300.000 millones de pesetas que el Banco de España y el Fondo de Garantía de Depósitos tuvieron que cubrir después de intervenir la entidad.

¿Pésima gestión? ¿Desfalco? En cualquier caso, Pujol logró que su mensaje victimista llegara hasta el último rincón nacionalista: la querrela constituía una agresión a todos los catalanes. En Zarzuela y Moncloa se encienden las alertas rojas: Cataluña puede deslizarse por la pendiente separatista, hay que dar carpetazo al asunto. El fiscal general del Estado, nombrado por el Gobierno, sigue las instrucciones y, como suele decirse, Pujol y sus ayudantes se van de rositas. Esta impunidad marcó un punto de inflexión en la política catalana: “A partir de aquí, la simulación de hostilidades con el Estado español permitió encubrir cualquier amaño, mientras pareciera realizado en beneficio de la etnia oprimida (...) Los elegidos se lanzaron al asalto del erario público con un éxito sin precedentes (...) Todos han obtenido su parte del desvalijamiento patrio con cargo del contribuyente. Para ello, el Gobierno regional desplegó un esfuerzo colosal de imaginación, inventando nombres altisonantes que dieran empaque a las miles de sinecuras repartidas (...) En fin, un paraíso para los elegidos” (11). No tanto para el ciudadano normal, que ha visto cómo su gobierno, en práctica bancarrota, tiene que acudir a solicitar préstamos al gobierno central para poder pagar a los farmacéuticos y a otros muchos servidores del bien común. Bien común que sus dirigentes han dilapidado

en corruptelas, asociaciones promotoras de la “identidad catalana”, televisiones y radios que sirven tanto para encubrir todo tipo de desmanes como para fomentar el espíritu independentista: en dos mil millones de euros anuales cifra Albert Rivera lo que cuesta a los catalanes mantener todo ese tinglado. Tales dispendio y corrupción, documentados minuciosamente por Xavier Horcajo en su libro *La pasta nostra*, no desentonan de los existentes en la España de los casos Filesa, GAL, Gurtel, Bárcenas, *ere* andaluces etc., etc. Un verdadero patio de Monipodio donde los políticos, amparados por la protección que encuentran en las altas instituciones de la Justicia, se lanzan al asalto del erario público con una voracidad insaciable. Y lo más triste es que no se ve una salida del túnel: *¿Por qué nada sirve para nada?*, se lamentaba Javier Marías a finales del 2013. “Incontables recortes (...) en lo que a la gente le importa más, con el consiguiente deterioro en sanidad, educación, ciencia, investigación, cultura, limpieza y transportes públicos (...) Estamos en manos de incompetentes que además carecen de escrúpulos”. Un diagnóstico válido para los gobernantes catalanes a quienes su “hecho diferencial” no les ha impedido hacer los mismos recortes que Rajoy en sanidad, educación, investigación..., con la consecuencia de que “los funcionarios han llegado a perder hasta el 30% de su poder adquisitivo y la lista de espera en los quirófanos ha aumentado otro 30%” (12). También han ido de la mano con todos los demás partidos de España en dar jugosas prebendas y sinecuras a amigos y parientes, es decir, en el “amiguismo”, la

lacra más determinante, según el famoso autor de *The End of History*, Francis Fukuyama, del atraso económico de los países del sur de Europa: “En medio de esta depauperación general, el Gobierno cuenta con unos 600 “asesores”, es decir, individuos opacos designados libremente y a los que nadie ha votado, y que, al no ser funcionarios, tampoco ven rebajados ni congelados sus arbitrarios sueldos. El Ayuntamiento de Barcelona, a su vez, cuenta con 262, y el de Madrid no se sabe si con 231 ó 254, mientras el de París, con más millones de habitantes, se asesora sólo con 36” (13). Javier Marías, en este mismo artículo nos informa de que el alcalde de Barcelona tiene el sueldo político más alto de España. Para que sus ediles tampoco lleguen con estrecheces a fin de mes, un tercio de ellos gana más de 100.000 euros al año (ABC, 7-II-2013). ¡Ediles ganando más que el presidente del Gobierno de la Nación! ¡*Catalunya is different!*

Fer País. Para tal propósito las subvenciones al idioma, piedra angular del “hecho diferencial”, no podían faltar: no sólo en los llamados *Paisos Catalans* sino también en regiones que tienen muy pocas probabilidades de formar parte de ellos, como el Rosellón francés. La *Generalitat* financia el programa “2.000 horas de catalán en las escuelas primarias” en el Ayuntamiento de Perpignan (14). Otro objetivo de los nacionalistas, en lo deportivo, es tener selecciones nacionales catalanas que ayuden a visualizar a Cataluña como país. Para ello desde una torre de 290 metros cuadrados se facilita dinero público para la selección catalana de *twirling* (deporte que,

básicamente, consiste en hacer girar un bastón) y de *curling* (cepillar frenéticamente el hielo para acelerar el tránsito de un enorme disco). Horcajo, en su libro antes citado, *La pasta nostra*, no especifica el coste del alquiler de la mencionada torre ni de las subvenciones al *twirling* y al *curling*, pero es más explícito cuando trata de las “embajadas” de Cataluña: la de París, dos edificios a corta distancia de los Campos Elíseos, sale al sufrido contribuyente por 30.000 euros al mes. Su “embajadora” es miembro del partido de Pujol, lo mismo que el “embajador” en Londres. Aquí el gobierno catalán, ante el temor de provocar algún soponcio entre la ciudadanía, ha preferido omitir el presupuesto de la oficina, aunque asegura que el “señor embajador” no dispone de coche oficial. A lo mejor tampoco dispone de él la “embajadora” en Berlín, quien debe de ser un caso único en los anales diplomáticos: ni sabe alemán ni ha pasado una oposición que justifique su cargo. “Contactos personales” le han bastado para disfrutar de un sueldo de 87.500 euros mientras representa a Cataluña en una oficina cuyo alquiler asciende a 60.000 euros anuales. Hay que añadir la delegación que el Gobierno catalán mantiene ante la Unión Europea, que, como todas las demás -23 en total-, dispone de una parte del presupuesto de 12 millones de euros destinados a la difusión del catalán en el mundo. No hay que olvidar los Consejos Comarcales, considerados por muchos como creaciones artificiales para colocar en ellos a amigos y familiares. En marzo de 2013 su número era de 41 y el de sus “consejeros” 1.050, con un presupuesto de 556 millones de euros. Pero los nacionalistas “de toda la vida” son muchos

más y tanto CiU como el Tripartito no pueden dejar de atenderlos: la creación de 459 entes públicos sirve para tan caritativo propósito. Como la productividad no es algo que caracterice a empresas de esta índole, pronto un centenar de ellas acumulaban deudas de 6.184 millones de euros (15). Consecuencia de toda esta generosidad en aras de la “identidad catalana”, y del desgobierno –la comunidad peor gobernada de España, según la Unión Europea (16)-, Cataluña avanza hacia la bancarrota. Ya cuando Pujol dejó el poder en el 2003, era la comunidad autónoma más endeudada de España. Años más tarde, entre 2006 y 2010, el Tripartito de Montilla, aunque no disponía de dinero en efectivo, emprendió un conjunto de obras: carreteras, escuelas, juzgados, comisarías..., a pagar poco a poco en el futuro. El saldo en el 2013, según la *Sindicatura de Comptes*: una deuda de 80.000 millones de euros, dos veces el presupuesto anual de la *Generalitat* (17). Los mercados avisan a Cataluña: *Standard & Poor* asigna la nota de bono basura a su deuda, igual que *Moody's*, con lo que al gobierno catalán se le cierran las puertas de financiarse en el exterior. Para pagar los sueldos de los funcionarios tiene que acudir a Madrid, al FLA (Fondo de Liquidez Autonómica), pero lo hace, como dicen en México, “limosnero y con garrote”, amenazando con la independencia si no se hace un pacto fiscal. De dicho fondo Cataluña recibe entre 2012 y 2013 préstamos de 28.000 millones de euros, la mitad de los concedidos a las comunidades autónomas. No obstante, la proclama de “España nos roba” sube en decibelios para, como en el caso de Banca Catalana, desviar la atención de la ciudadanía y tapar las

vergüenzas de sus dirigentes. En esta labor el régimen pujolista cuenta con todos los medios de comunicación que ha venido subvencionando a lo largo de los años: prensa, radio y televisión. TV3 es un caso probablemente único en la Unión Europea: su libro de estilo prohíbe a los periodistas fórmulas como “Policía Nacional”, que ha de sustituirse por *Policía de l’Estat*, o que se nombre a España, que para ellos es *l’Estat*. Lo mismo con la selección española de fútbol (*selecció de l’Estat*), a pesar de que varios jugadores catalanes forman parte – y parte esencial – de ella (18). El afán de evitar el nombre de España llegaba a extremos risibles en un programa sobre el futbolista Xavi Hernández, retransmitido en Japón por el canal *Wowow* el 5 de enero de 2012. TV3 consideró anatema dar una sola imagen del triunfo de *La Roja* en el Campeonato de Europa (en donde Xavi fue elegido el mejor jugador). Otro tanto del Campeonato del Mundo en Sudáfrica, en el que Xavi y sus compañeros hicieron realidad el sueño más alto de cualquier futbolista: ser campeones del mundo. ¡Mostrar la alegría de Xavi y de otros futbolistas catalanes, en medio de banderas españolas y catalanas y dando vítores a España! Más de una cabeza hubiera rodado por tal atrevimiento.

Tal “ente informativo” forma parte de la *Televisió de Catalunya*, que da trabajo a 1.800 personas, más que la suma de Antena 3, Telecinco, la Cuatro y la Sexta. Nada de extraño que su presupuesto de 258 millones de euros para el año 2014 sea el más alto de las televisiones autonómicas. Añádase el personal de la radio, y el endeudamiento público de todo este

entramado para *fer país* arroja unas cifras de escándalo: 1.046 millones de euros tuvo que pagar la Generalitat en 2008 para saldar la deuda acumulada durante años (19). Un endeudamiento que los nacionalistas consideran más que compensado por la transmisión del mensaje independentista, a saber, el futuro risueño que aguarda a Cataluña nada más que se separe del yugo español. Para que los más jovencitos también se enteren, “TV3 enseñará a los niños los beneficios de la independencia en la fiesta de *Super3*”(20). Este programa se anunciaba en octubre de 2013, apenas un mes después de que un reportaje dentro del informativo infantil *Info K* hubiera promovido numerosas críticas al considerar que se utilizaba a niños para fines políticos. En dicho programa, emitido con ocasión de la *Diada*, niños y adolescentes de entre 12 y 18 años versaban opiniones del tenor de “en 1714 dejamos de ser independientes”, “soy independentista y quiero que Cataluña sea un país libre” o “al final España se rendirá y tendremos la independencia” (21). La utilización descarada de una televisión pública para fines independentistas que no comparten muchos de sus contribuyentes, ya había recibido fuertes críticas tanto dentro como fuera de Cataluña, pero correspondió a un diario prestigioso, *The Wall Street Journal*, la tarea de informar en el extranjero del grado de servilismo al poder en el que había caído TV3. *¿Qué hay en TV3? Separatistas*, rezaba su título. Pero la crítica más demoledora provenía de un exdirector general del canal autonómico, Alfons Quintá: “Veo Cubavisión y no es peor que TV3. A

veces TV3 es peor de lo que era la televisión soviética” (22).

Este afán de control no se limita a los medios informativos: en 1990 (28 de octubre) José Antich, a la sazón corresponsal del diario El País en Cataluña, publica un artículo que, con el título “El Gobierno catalán debate un documento que propugna la infiltración nacionalista en todos los ámbitos sociales”, alerta de la gravedad del problema. Dicho documento, de 20 folios de extensión, constituye un verdadero canto al totalitarismo: desde el fomento de “fiestas populares, tradiciones, costumbres y trasfondo mítico” hasta “incidir sobre la administración de justicia y orden público con criterios nacionales”, ningún aspecto de la vida social queda descuidado. Para que Cataluña, “nación europea emergente (...), nación discriminada que no puede desarrollar libremente su potencial cultural y económico”, llegue a la soberanía se precisa “vigilar la composición de los tribunales de oposición (...) reorganizar el cuerpo de inspectores de forma que vigilen la correcta cumplimentación de la normativa sobre la catalanización de la enseñanza (...), incidir en las asociaciones de padres (...) introducir gente nacionalista (...) en todos los puestos claves de los medios de comunicación (...), incidir en la formación inicial y permanente de los periodistas y de los técnicos de comunicación para garantizar una preparación con conciencia nacional catalana”.

Un documento verdaderamente impresionante y, sobre todo, esclarecedor de lo que ocurre en uno de los ámbitos –posiblemente el principal- de la

“infiltración nacionalista”: la escuela. La “catalanización de la enseñanza” requiere la falsificación de la historia común con otros pueblos de España o bien que los alumnos la ignoren por completo. De ambos casos hay numerosos ejemplos. Tantos que el 27 de julio de 1999 la Real Academia de la Historia denunció las “tergiversaciones, lagunas interesadas y fomento del nacionalismo racista” en un largo informe. Con pruebas abundantes los 350 doctos académicos expresaban su alarma ante la flagrante manipulación de la Historia común de todos los españoles, conducente, según ellos, a producir enfrentamientos entre las diversas regiones de España e incluso entre sectores sociales de ellas (23). La reacción del Gobierno de España brilló por su ausencia, lo mismo que ante la “inmersión lingüística”, el principal escollo en la relación entre Cataluña y el resto de España. No es el único, pero los otros: el déficit fiscal y el rechazo del nuevo Estatuto, no le igualan en trascendencia. El primero, es decir, el “España nos roba” no se sostiene -al menos si se compara a Cataluña con Madrid-cuando se exponen los números: en marzo de 2013 se hicieron públicas las cifras de recaudación del 2012: Madrid casi doblaba a Cataluña en IRPF, con un 40,8% del total nacional. El Principado, a pesar de contar con un millón más de habitantes que la comunidad madrileña, contribuyó ese año a las arcas públicas con un 21,2% (24). El Gobierno de la Generalitat suministra unos datos que están muy lejos de lograr la unanimidad entre los economistas, datos que en ningún caso justificarían, desde lo puramente económico, la independencia: “Quien busca la

secesión por motivos económicos no sabe lo que hace”, afirmó el presidente del Instituto de Estudios Económicos, José Luis Feito, en una conferencia en Barcelona, a la que asistió, entre otras personalidades, Jordi Pujol (25). En cuanto al Estatuto, lo que se puede asegurar es que nunca ha sido preocupación esencial de la ciudadanía: mientras la Constitución del 78 fue aprobada por más del 90%, el Estatuto del 79 fue ratificado en referéndum por sólo el 59,6% de los catalanes. Este primer Estatuto aportó a la Generalitat competencias que ni Almirall ni Prat de la Riba hubieran imaginado, pero que, sin embargo, a principios del siglo XXI ya no satisfacían a los nacionalistas: había que hacer otro. En medio del desinterés general -el entonces ministro de Defensa, José Bono, ha señalado (El País 13/09/2013) que esa cuestión ocupaba el puesto nº 24 entre las prioridades de los ciudadanos- el nuevo Estatuto se aprobó también, pero esta vez por un número todavía menor: 37%. “En 2006, el segundo *Estatut* tuvo más de problema que de solución, un error de la clase política catalana que fue tergiversado hasta el punto de darle figura de agravio” (26). Cuando el Tribunal Constitucional, en abril de 2012, dictó sentencia de inconstitucionalidad: “La Constitución no conoce otra Nación que la española”, los nacionalistas pusieron el grito en el cielo: “Ha sido el motivo más separador en los últimos 35 años”, en palabras del “moderado” Durán i Lleida. A pesar de ello, ni el “agravio” por el Estatuto ni el de “España nos roba” tienen la fuerza suficiente para llevar a la ciudadanía por la tortuosa senda de la independencia. Es necesario otro “agravio”, el que se hace al idioma, agravio que

además atenta contra el único “hecho diferencial” que, entrado el siglo XXI, queda en Cataluña.

La inmersión lingüística. A la muerte de Franco en 1975, en la provincia de Barcelona el 74,3% de la población entendía el catalán, y el 53,1% lo hablaba. La mayor deficiencia se daba en la escritura, sólo un 14,5%, consecuencia de la discriminación lingüística practicada por el régimen franquista. Los demócratas catalanes, nacionalistas o no, habían pedido durante largo tiempo un derecho reconocido por la UNESCO en 1953: la educación de los niños en su lengua materna. Pero incluso mucho antes de su reconocimiento, ese derecho se había llevado a la práctica en Cataluña. El Estatuto de 1932, que preveía el traspaso de la educación a la Generalidad, obligaba a enseñar el castellano en las escuelas, aunque la instrucción se haría en catalán, lengua materna de la mayoría. No obstante, allí donde hubiese un mínimo de cuarenta niños de lengua castellana en los últimos tres años, se habilitarían aulas para que esos niños estudiaran en su lengua materna. Se obedecía así el decreto de 29 de abril de 1931, que había establecido que los niños serían educados hasta los ocho años en su lengua materna y, por tanto, en catalán en su mayoría. Normas razonables teniendo en cuenta que en 1931 sólo el 19% de la población no había nacido en Cataluña (27). El mismo derecho a la educación en la lengua materna era defendido por Josep Ibañez i Senserrich, uno de los autores del libro *Cataluña: esa desconocida para España*. El libro apareció en 1983 y el artículo de Ibañez i Senserrich era una defensa de la política lingüística iniciada con la democracia: “(...)

se ha procurado en seguida que el catalán llegara *a todas las escuelas precisamente para combatir toda posible discriminación*. Y, al mismo tiempo, que **los padres que lo desearan pudieran ejercer su legítimo derecho a ver educados sus hijos en su propia lengua sin olvidarse de la otra** (subrayado mío), (...) cada cual se expresa en la lengua que quiere y todos se entienden” (28).

Pujol, con su inmersión lingüística, no quiso saber nada de esto. Adujo la necesidad de no formar guetos, de homogeneizar a la sociedad mediante un mismo idioma. Luis XIV, su nieto Felipe V y Franco no hubieran podido estar más de acuerdo. Esta traición a su anterior defensa de un derecho tan fundamental como el de educarse en la lengua materna hubiera bastado para descalificar a Pujol y toda su política lingüística y para haber obligado al Gobierno central a intervenir. La desidia –la traición también- del Gobierno español causa asombro. Escudado en que la competencia educativa está en manos de la *Generalitat* y en que una amplia mayoría del Parlamento catalán respalda tal política, se ha cruzado de brazos y dejado que algunos padres tengan que acudir a los tribunales para lograr que los niños inicien sus estudios en la misma lengua que hablan en casa. En varias ocasiones el Tribunal Supremo ha dictado sentencia a su favor: siempre los nacionalistas se han negado a cumplirla. Pero la batalla no cesará, porque siempre habrá padres, cada vez más numerosos, que lucharán por los derechos –y el futuro- de sus hijos. El adversario es fuerte, pues a los nacionalistas se han unido los socialistas, es decir,

aquellos que se supone deberían defender a las clases menos privilegiadas, las que no pueden, a diferencia de los Pujol, Mas, Montilla, Junquera y demás, pagarse una escuela internacional o bilingüe. Estos socialistas también han adoptado la noción del catalán como única “lengua propia” de Cataluña, como si el español no lo fuera también. La lengua propia de un país es la que hablan sus habitantes hoy, no la que se hablaba hace un siglo, ni siquiera hace cincuenta años. Por ello, en Nuevo México, en Texas, California, Florida..., la lengua propia es, primero, el inglés, aunque en esos territorios no hace tanto tiempo sólo se hablara español. La Historia, con sus luces y sombras, hace cambiar muchas cosas, y la Cataluña actual ya no es la de la República. Hoy coexisten dos lenguas propias y el único medio de que el problema lingüístico se resuelva es dejar a los padres elegir en cuál de ellas quieren que se eduquen sus hijos, sin perjuicio de que también aprendan la otra: es decir el bilingüismo. Cuando la ley Wert, de forma vacilante y timorata, propone que se dé un 25% en castellano, los nacionalistas reaccionan furiosos aduciendo que se está atacando su modelo lingüístico, que es justamente lo que se debería hacer para, como señala Savater, “remediar algo perfectamente insólito en la Unión Europea: que haya un país donde resulte prácticamente imposible estudiar en la lengua mayoritaria y oficial en zonas importantes del territorio nacional” (29). Savater continúa señalando los “orígenes clericales de la ideología nacionalista”, porque de la misma manera que reacciona la Iglesia ante la libertad de culto, “los nacionalistas de ayer y de hoy se dan por atacados no cuando a su lengua se

le quita algo, sino cuando se concede lo mismo a otra, que para colmo es la que se habla en todo el país y por tanto les vincula con él. El único derecho de que se les priva es el de prohibir, pero eso ya les parece una herejía intolerable.” No se puede decir mejor.

La gran paradoja: el derecho a decidir. Mientras la *Generalitat* se niega a que los padres puedan escoger el idioma en el que educar a sus hijos, un derecho fácil de aplicar y reconocido internacionalmente, enarbola la bandera de otro derecho no contemplado en ningún ordenamiento jurídico de los países de nuestro entorno: nada menos que el de decidir en referéndum sobre la secesión de un territorio que forma parte de España desde hace más de cinco siglos. La respuesta que se suele dar es que en tal referéndum, una vez reformada la Constitución, tendrían que participar todos sus españoles, pues a todos ellos les afecta. Sin embargo, el ilustre jurista Antonio García Trevijano niega que exista tal derecho: no se puede decidir la desmembración de España, del mismo modo que no se puede decidir, por ejemplo, si se ilegaliza de nuevo la homosexualidad o si volvemos a tiempos en que las mujeres no podían votar... Igualmente no existiría el derecho a decidir, por muy deteriorada que estuviera la situación económica española, si se vende o no, por poner un caso, el Museo del Prado. Éste es el resultado del esfuerzo y dedicación de varias generaciones de españoles: la actual sólo tiene la obligación de conservarlo. En el caso de España, ¿se puede aceptar que la presente generación, sea catalana o de toda España, decida, tras cinco siglos de unión, la secesión de una parte de

España? Artur Mas no pierde ocasión de comparar el caso de Cataluña con el de Escocia a pesar de sus grandes diferencias. No hace, sin embargo, la comparación con países mucho más cercanos en todos los aspectos, como Francia, Italia o Portugal, que no sólo prohíben cualquier referéndum que afecte a la integridad territorial, sino también la posibilidad de reformar la constitución en aspectos fundamentales. En el muy improbable caso de que se legalizara un referéndum sólo en Cataluña, en aras de que los ciudadanos pudieran votar con conocimiento cabal de lo que se juegan, habría primero que dismantelar el régimen que, iniciado por Pujol y continuado por los sucesivos gobiernos, ha tergiversado la historia, ha adoctrinado a los ciudadanos a través de los medios de comunicación que controla y ha hecho todo lo posible en las aulas, si no para “educar a dos generaciones en el odio a España”, -como sostiene Boadella- sí para ocultar todo lo que nos une.

NOTAS

- 1) Federico Jiménez Losantos. Lo que queda de España, pág. 45-46.
- 2) *Ibíd.*, pág.145.
- 3) Albert Boadella. Adiós, Cataluña, pág.104.
- 4) *Ibíd.*, pág. 107.
- 5) *Ibíd.*, pág. 108.
- 6) *Ibíd.*, pág. 120.
- 7) *Ibíd.*, pág. 125.
- 8) *Ibíd.*, pág. 126.
- 9) José Antich. El Virrey, pág. 120.
- 10) Albert Boadella. Obra citada, pág. 140.
- 11) *Ibíd.*, pág. 140-141.
- 12) El Mundo, 21-III-2013.
- 13) Javier Marías. El País, 3-XI-2013.
- 14) Xavier Horcajo. La pasta Nostra, pág. 221.
- 15) El Mundo, 12-III-2013.
- 16) Ver <http://cort.as/30n1>.
- 17) El Mundo, 21-III-2013.

- 18) Xavier Horcajo. Obra citada, pág. 226.
- 19) ABC, 19-XI-2013.
- 20) La Voz Libre, 18-X'2013
- 21) Ibíd.
- 22) ABC, 7-I-2014.
- 23) Pedro Muñoz. El nacionalismo en horas bajas, pág. 221.
- 24) El Mundo, 13-III-2013.
- 25) El Mundo, 15-III-2013.
- 26) Valentí Puig. El País, 13-X-2012.
- 27) Albert Balcells. El nacionalismo catalán, pág.103.
- 28) Club Arnau de Vilanova. Cataluña: esa desconocida para España, pág. 58-59.
- 29) Fernando Savater. El Correo, 15-XII-2012.

BIBLIOGRAFÍA

- Balcells. *El nacionalismo catalán*. Biblioteca Historia 16
- Pedro Muñoz. *España en horas bajas*. Brand Ed. Madrid.
- Club Arnau de Vilanova. *Cataluña: esa desconocida para España*.
- Trías Vejarano. *Almirall y los orígenes del catalanismo*. Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1975.
- Albert Boadella. *Adiós, Cataluña*. Espasa Calpe, 2009.
- Xavier Horcajo. *La pasta nostra*. Editorial Sekotia. Madrid, 2013.
- E. Prat de la Riba. *La nacionalidad catalana*. Aymá Ed. Barna., 1982.
- José Antich. *El Virrey*. Planeta. Barna. 1994.
- F. Jiménez Losantos. *Lo que queda de España*. Temas de hoy. Madrid, 1995.